

Secreto a voces: gran narrador antioqueño

Tareas no hechas

LUIS MIGUEL RIVAS

Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2014, 230 págs.

EN ÉPOCAS de los *marketing* de autor, cuidadosamente planeados por las grandes editoriales, es raro que un escritor inédito pueda ganar relevancia. Excepción o lo que sea, se da. Este es el caso de Luis Miguel Rivas. En 2007, gracias al empuje de su mentor en Medellín, Héctor Abad Faciolince—quien preparó su primera antología *Los amigos míos se viven muriendo*, en una editorial universitaria—y de las revistas *El Malpensante* y *Universo Centro*, que publicaron sus cuentos y crónicas de modo asiduo, Luis Miguel Rivas ganó visibilidad.

En 2011, Rivas apareció en el listado “Los 25 secretos mejor guardados de la literatura latinoamericana” y fue invitado a la prestigiosa Feria del Libro de Guadalajara. Varios de los textos que leyó en México fueron posteriormente revisados para dar vida al siguiente libro, *Tareas no hechas*, publicado en 2014 por su editorial habitual, Eafit. En un año, ya tenía dos reimpressiones, muestra de que ya contaba no solo con lectores, sino también con un séquito. El libro reúne crónicas, ensayos literarios, fragmentos de diarios, borradores de cuentos, algún discurso de presentación en un evento y varios de aquellos textos proceden de su *blog*, que había emigrado de Blogger al diario *El Espectador*.

¿Pero, por qué “tareas no hechas”? Responde Rivas: “Mis *tareas no hechas* tienen más presencia que todos los propósitos que he matado al realizarlos” [pág. 7]. Con esta breve frase sella un modo de mirar el arte de la escritura, que se distancia de la solemnidad y de la disciplina neurótica. Rivas es escritor a pesar de él mismo. Discípulo de los epicúreos, del tiempo pausado y del “tal vez mañana lo termine”, no tiene modestia en afirmar su inestabilidad creativa, tal como lo retrata un personaje de unos de sus cuentos de ¿Nos vamos a ir como estamos pasando de bueno? (Bogotá, Planeta, 2015):

Yo no sé cómo hacen los que saben para dónde va su vida. A veces he creído que la mía va para algún lado y estoy contento y después, no sé por qué, me desvíó y me devuelvo hasta el punto en que estaba el principio, pero sin saber por dónde es que había visto el futuro. Y vuelva uno a ver cómo vuelve a tener un punto de vista. Un piso sin jabón debajo de los pies [pág. 8].

Rivas (Cartago, 1969) proviene del mundo del video, del documental y del cine. Egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, hizo durante varios años trabajos por encargo (videos institucionales, publicidad, cortos), que lo desesperaron y lo llevaron a ponerse frente al espejo y definir—al menos provisionalmente—para dónde iría su vida. Su renuncia definitiva a la vida burocrática lo lanzó al desempleo... y al periodismo independiente y a la literatura:

Pero ahora no tengo angustia. Sigo escribiendo cosas por encargo y no siempre sobre temas que me apasionan. Tampoco es que exija que cada trabajo que haga modifique la base de mi personalidad. Pero por lo menos cuido que no me envilezca. Todavía pospongo las cosas, como el trabajo que iba a empezar cuando me dio por escribir esto que les cuento. Pero ya sé que siempre termino haciendo lo que tengo que hacer, así me demore [pág. 25].

De eso es que trata *Tareas no hechas*, de cómo un Yo escritor se construye, sale de la bruma y gana una configuración que progresivamente adquiere identidad narrativa: historias que le pasan al “hijo del vecino” (medio ido, medio perdido), en un mundo que maltrata al ingenuo, descritas con una prosa personalísima, tierna, con gran sentido de la ironía y en ocasiones abiertamente enojada, que delata la influencia de Fernando González. Rivas es personaje de sus propias crónicas.

Si hablo tanto de mí no es (...) porque yo me importe mucho sino porque es el único tema sobre el cual me siento con alguna autoridad para decir algo. Y porque tengo que hablar, necesito hablar. Nací hablador [pág. 78].

Esa “mirada personal” es la que resulta abiertamente interesante en este libro. Treinta y nueve textos (con un promedio de cinco páginas cada uno) organizados en secciones que corresponden a los lugares donde suceden las historias que Rivas ha vivido: Medellín, Bogotá, Buenos Aires, Santiago, Guadalajara.

La “mirada” puede tener dos registros: sería o intencionalmente humorística. Yo aconsejo comenzar leyendo los textos de humor—la risa, primero—, como “Impresiones de un montañero en el primer mundo del tercer mundo” [pág. 93], su pequeño manual para visitantes colombianos que visiten Buenos Aires. Todo el *leitmotiv* de la crónica es la lucha por salvarse de pisar la mierda de perro regada en las calles con nombres de próceres, los comercios y lujos de la calle Florida. Ser paisa en Buenos Aires descentra y obliga a tomar distancia de las vanidades del provinciano:

Por la simple razón de que para donde se vaya hay que cargar con uno, con todo lo que tanto quiere y tanto odia, con todo lo que tanto añora y tanto desprecia, con todo lo que no quieres seguir siendo y no puede dejar de ser. Y por qué no hay otro mundo que este pequeño planeta en el que sólo e irremediamente te encontrarás con lo mismo: países, gente, cafés, monumentos, amores imposibles, alegatos, fútbol, filas, política y mierda de perro [pág. 97].

Las mejores crónicas del libro son aquellas en las que Rivas describe en vivo hechos que hablan de cosas que le han pasado a él. Pues hay otras en las que asume un papel reflexivo, más de corte sociológico. Memorable, porque recupera literariamente a un ícono de la cultura popular, es la dedicada al cantante Sandro, un texto en verdad dirigido a su madre, con quien oía de niño esas canciones mientras ella hacía oficio.

El texto “Yo vi a Sandro en persona (pero muerto)”, descubre desde el título la intención irónica. Pero no es ironía de intelectual distanciado, sino un sincero y—en últimas—divertido homenaje a su niñez. Rivas hace una larga fila de varias horas para ver el cadáver del cantante, que se halla en un salón del Congreso. La crónica cuenta

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>los detalles de sus acompañantes en la fila (mujeres humildes que adoraron al “Gitano de América”) y el texto crece en tensión a medida que se acerca al ataúd y recuerda los títulos de sus canciones: “La vida continúa”, “El deseo de vivir”. Hasta que finalmente lo ve:</p> <p>Aquel pecho enardecido y aquellos labios provocadores, ahora echados a perder por ese sutil detalle que es la falta de vida [pág. 108].</p> <p>Rivas ha ido depurando un estilo de narrar con gracia, que debe mucho, sobre todo, al Daniel Samper Pizano de las columnas de humor y al crítico del poder político que fue Jorge Ibarguengoitia. Las primeras frases de algunas de las crónicas de costumbres de Rivas invitan a la risa inmediata y parecen casi calcadas de las de Samper Pizano:</p> <p>Yo no me explico cómo es que hay tanta gente tan buena que hace tanto daño [pág. 61].</p> <p>Si la marihuana acabara con la memoria no me acordaría de nada de lo que pasó en la Marcha Mundial por Legalización del pasado sábado ocho de mayo en Buenos Aires [pág. 143].</p> <p>Aprender a vivir en el mundo es aprender a deteriorarse moralmente [pág. 180].</p> <p>Luis Miguel Rivas se ha apoderado de un estilo de fuerte crítica a la “cultura paisa”, a su idea de “el tiempo es oro”, “pa’ las que sea”, “deje de ser flojo, mijo”, etcétera. Con ello, asume una postura ideológica de discrepancia con valores ancestrales y símbolos, que Rivas asocia a la base de acción psicocultural, ya no del industrial o del comerciante, sino del narcotraficante.</p> <p>La costumbre de solucionar discusiones suprimiendo al otro, la práctica de utilizar el ingenio para <i>tumbar</i> a los demás, la imposición del punto de vista propio etiquetando al oponente [pág. 28] (...). Como la obsesión por el trabajo, como la santidad de la cucha, como la sumisión ante los poderosos, como el desprecio a los débiles (...) [pág. 134].</p> <p>Los escritos “Medellín”, “La noche de los incomprendidos”, “El hombre de la bolsa de plástico” demuestran que es un gran observador y crítico de costumbres y que a su vez sustenta una</p>	<p>posición ética de respeto y valoración por el diferente, por el “raro”, por el excluido por los poderes conservadores de las sociedades hispano-católicas. Varias de las crónicas de las secciones “De donde uno puede dejar de ser” y “Asuntos porteños” van en esta dirección.</p> <p>Quiero resaltar las que describen las marchas por los derechos de los marihuaneros [pág. 143] y de los homosexuales [pág. 158] y las tres dedicadas a inmigrantes africanos en Buenos Aires [págs. 164, 168 y 176]. Al buen humor, une el cuidado en la descripción de los personajes y la creación de atmósferas que generan empatía en el lector. Las crónicas suelen cerrarse con reflexiones morales o <i>flashes</i> verbales que marcan un territorio intelectual en el que quiere dejar una opinión fundada.</p> <p>No es gratuito el tono de comedia de varios de los textos de <i>Tareas no hechas</i> y su intención es desarmar al lector cargado de prejuicios y dogmas. Es invitarlo a razonar a partir de la duda. Lo cómico podría facilitar el diálogo, porque el humor rompe la solemnidad y abre un espacio para la ambigüedad, como lo señala en una entrevista a <i>El País</i>, de Cali:</p> <p>Un humorista es un niño que va por un callejón oscuro y empieza a silbar. Un poco al humor se llega a través del miedo, del dolor o de la melancolía y la insatisfacción. Es una manera a través de la cual se llega inconscientemente. No es algo que se pueda decidir. Pero también tiene que ver con la personalidad de los personajes. Es un tipo de personaje que, por su contexto social, no puede enfrentar eso que lo avasalla de frente. Entonces el humor es una manera oblicua de enfrentar esos poderes.</p> <p>El otro registro de escritura de Rivas, el “serio”, debe mirarse con cautela. Aquí, en general, el tono del ejemplo marca la pauta de los textos (diarios, memorias, ensayos literarios) y la fuerza narrativa decae por momentos, haciéndolo sentir acartonado. Las notas en homenaje a su maestro de cine Dunav Kuzmanich son solemnes y carentes de fuego verbal y los adjetivos de admiración suprimen el valor que puedan tener las anécdotas del director chileno, creador de la célebre serie de televisión <i>Don Chinche</i>. De tal corte</p>	<p>son, también, los textos dedicados a la memoria, en los que recuerda sus tiempos de treintañero irresponsable en un grupo cultural de Envigado, o en los que evoca sus días de Guadalajara.</p> <p>En cualquier caso, Luis Miguel Rivas ya tiene carta de identidad como autor en Colombia. Ya no es uno de los “secretos mejor guardados de la literatura latinoamericana”. Fracase o llegue a buen puerto, en <i>Tareas no hechas</i> ha escrito páginas de un estilo soberbio, inéditas en el periodismo colombiano. A la vez, ya puede reconciliarse consigo mismo y objetarles a quienes le auguraron ser el Rimbaud de pueblo: “Yo, sinceramente, nunca creí que usted fuera a llegar a algún lado”, me dijo el que nunca se ha movido de donde está.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>